

Entrevista

José Luis
González Rendueles,
la montaña, su vida
y su negocio
(Páginas 8 y 9)



La experiencia
de un cosmonauta
Mejora vegetal
en Aragón
(Páginas 12 a 15)

Ciencia



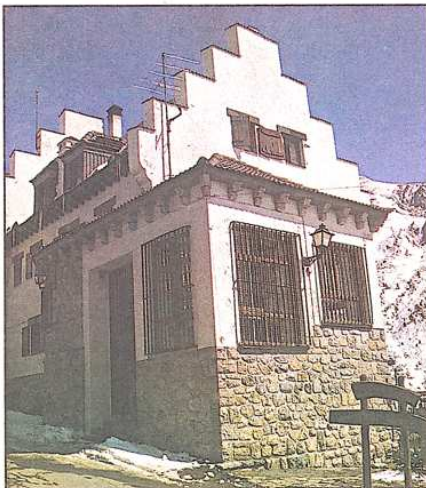
Reportaje

Rehenes occidentales en El Líbano (Página 7)

HERALDO

DOMINGO

RESCATE EN MONTAÑA



La Guardia Civil dispone de cuarenta hombres en el Pirineo aragonés dispuestos para el rescate en los accidentes de montaña

Fernando Paños

No son Superman ni el Hombre Araña, no vuelan ni detienen un misil, pero están ahí, en la montaña, para socorrer a un desventurado montañero. Su trabajo diario consiste en buscar a un paseante despistado, un espeleólogo herido en el interior de una cueva o un escalador que cayó por un cortado. La Guardia Civil dispone de cuarenta hombres en el Pirineo aragonés listos para el rescate, y de un equipo de adiestrados instructores en la escuela de Candanchú para la formación de guardias jóvenes, que, tras una estricta preparación de ocho meses, serán destinados a las unidades operativas repartidas por todo el país. Sólo en 1989, estos equipos de salvamento intervinieron en 78 accidentes en la provincia de Huesca.

Rescate en montaña

El Pirineo aragonés, una aventura sugestiva y peligrosa

M. J. V.

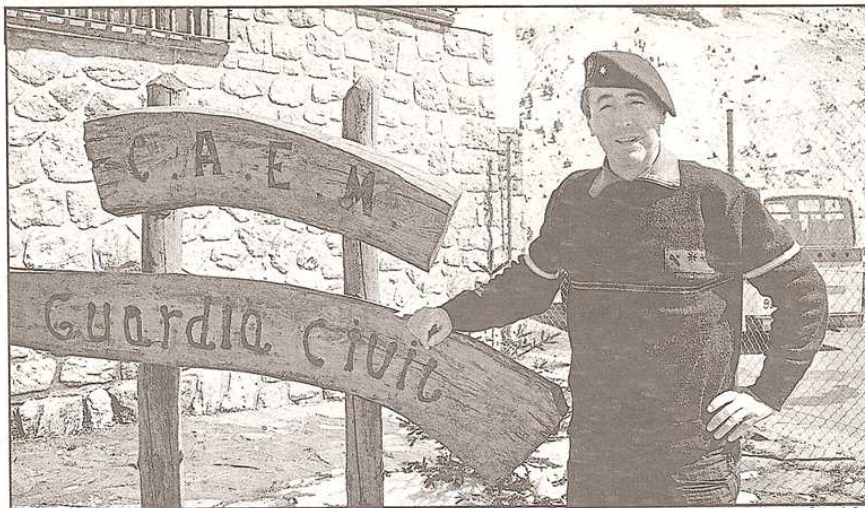
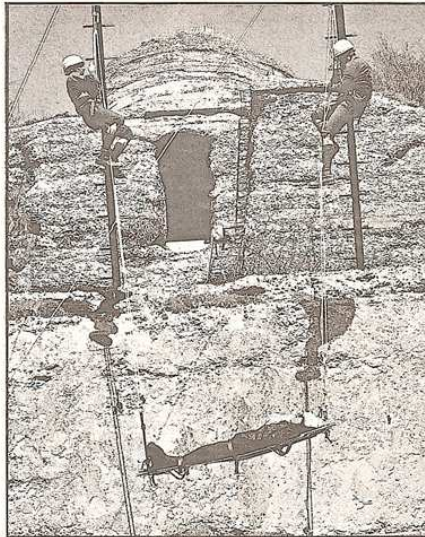
Seis días después de iniciarse la década, la ascensión de cuatro jóvenes zaragozanos al pico Anayet finalizaba trágicamente con la muerte de uno de ellos, José Antonio Velilla, de 19 años, al despeñarse por un cortado. Sus compañeros quedaron aislados y pasaron toda la noche perdidos. El último día de enero, el francés de 30 años Vicente Urrustoy era atrapado por un alud de nieve en Ordesa. El cuerpo se rescató cuatro semanas después. Otro alud causaba la muerte de un joven catalán de 19 años cinco días después, en un lugar cercano. Su aventura de esquiar en zonas vírgenes le costó la vida. Un montañero navarro, Fernando Calero, de 33 años, cayó al vacío cuando se encontraba esquiando en el pico de Aspe ese mismo mes. Su desaparición fue denunciada por un amigo y los efectivos de la Guardia Civil patrullaron durante toda la noche por la zona hasta dar con el cuerpo. Sólo dos días más tarde, el 22 de febrero, un accidente similar ocurrió en la estación de Formigal, cuando Alberto García, de 26 años, natural de Elgóibar (Guipúzcoa), intentó cruzar un barranco fuera de las pistas balizadas. El sexto accidente mortal de 1990 llegó el 1 de abril. Un joven de Huesca, de 22 años, José Angel Alagón, escalaba una pared cuando se rompió la cuerda que lo sujetaba. Era aficionado a la montaña desde hacía muy poco tiempo.

La llegada de la Semana Santa, con el consiguiente aumento de visitantes, hacía prever un trágico balance, que finalmente resultó muy superior a la estadística de víctimas en carretera en la provincia de Huesca. Tres personas murieron en cuatro días. Inmaculada Imitzaldu, de 28 años, de la localidad navarra de Leoz, murió como consecuencia de un desprendimiento de rocas en el parque de Ordesa. Un joven barcelonés, Carlos Lloro, perdió la vida un día más tarde al intentar atravesar una poza en el río Suela y resbalar.

No sabía nadar. El último y noveno accidente de este año se produjo el día 14 de abril, en Aragiés del Puerto, y en él murió un espeleólogo de 17 años.

Quedaban así frustradas en tan sólo cuatro meses las buenas estadísticas del año pasado. Si en 1989 se registraron 78 accidentes con un saldo de siete muertos, la cifra se superó en lo que va de enero a abril de este año.

Desde 1983 se ha observado un aumento progresivo de víctimas mortales paralelo al del número de personas que llegan al Pirineo aragonés para practicar deportes de montaña. La mayor siniestralidad la marca 1988, con 20 muertos, 5 de ellos en un mismo suceso en el río Yaga. Para intentar paliar estos trágicos efectos, Protección Civil editó el año pasado una guía para la prevención de accidentes de montaña.



La Escuela de Montaña de la Guardia Civil, que nació en 1981, sirve para la preparación y simulación de rescates

Escuela de elite para los guardias de salvamento

M. J. V.

La Escuela de Montaña de la Guardia Civil —antiguo Centro de Adiestramiento Especial de Montaña (CAEM)— nació en 1981 de la mano del teniente coronel Fernando Abós, su actual director, y bajo la inspiración de los experimentados cuerpos de salvamento franceses. Desde su centro en Candanchú, a escasos metros de la frontera, anualmente una veintena de alumnos quedan preparados para la prestación de servicios en las diecisiete unidades especiales que el cuerpo tiene repartidas por España.

En la actualidad se estudia una remodelación de estos servicios con la creación de una Inspección Nacional de Montaña, dirigida por Fernando Abós, de la que dependerán la escuela y las unidades operativas. La constante necesidad de renovar

las técnicas y las teorías de salvamento ha hecho pensar en la formación de un Gabinete de Doctrina y Experimentación integrado por cinco instructores de elite divididos en un equipo de investigación y una superpatrulla con un escalador y un esquiador, que se trasladarán a las unidades repartidas por todo el país para el reciclaje de los ciento treinta miembros de los equipos de salvamento. Existe, además, un equipo de competición deportiva de biatlón (esquí de fondo y tiro). La escuela presentó en la última convención de socorrismo, celebrada en Asturias, un nuevo tipo de extensiones, lo que demuestra la constante renovación tecnológica.

La escuela es, hoy por hoy, una «fábrica» de hombres experimentados en el rescate en montaña. Aunque el reciclaje en las unidades es constante, la preparación base se imparte en el centro de Candanchú, complementada por cursos en el extranjero (los Alpes principalmente) y en otros puntos de España (Sierra Nevada y Picos de Europa).

El coll de Ladrones, antiguo fuerte que nunca se acabó de construir, sirve para realizar muchas de las prácticas. Una pared de 90 metros es utilizada en las pruebas de escalada. Vestido con un mono fosforescente que facilita su identificación, el herido simulado, un alumno, se coloca en un lugar de esa pared. El ingenio de los monitores, los materiales y la destreza de los aprendices se combinan para conseguir el mejor y más rápido rescate. Una cueva excavada en las rocas del fuerte permite realizar las prácticas de espeleología. En este caso el herido es colocado en una camilla que se desliza hasta el exterior por el techo de la cueva. Los alumnos también deben ser unos expertos esquiadores, buenos marchadores, estar capacitados para impartir los primeros auxilios al accidentado, tener excelentes dotes para la orientación y conocimientos básicos de topografía.

INGLES EN VERANO EN ZARAGOZA

King's College

Toda una institución

La experiencia y el prestigio no se improvisan. Ni el rigor en la selección del profesorado y los centros. Es una labor de años. Perfeccionando el mejor sistema pedagógico. Así hemos conseguido que más de 10.000 alumnos hayan participado en nuestros cursos. Año tras año. Por eso, cuando se trata de cursos de inglés, King's College es toda una institución.



INGLES EN ZARAGOZA

De 8 a 16 años.
En las instalaciones del LICEO EUROPA
Mes de Julio

TAMBIÉN CURSOS DE INGLES EN:
ESPAÑA, INGLATERRA,
IRLANDA, USA Y CANADA.

VUELVE LA GIMNASIA
DE MANTENIMIENTO EN LOS PARQUES

ANIMATE Y VEN

Duración de la actividad:

Todos los martes y jueves

Clases impartidas por monitores especializados

ACTIVIDAD GRATUITA

PARQUE PRIMO DE RIVERA: Martes y jueves, de 8,30 a 9,15 y de 9,15 a 10 horas. Lugar de reunión: el Quiosco de la Música.

PARQUE CASTILLO PALOMAR: Martes y jueves, de 8,30 a 9,15 y de 9,15 a 10 horas. Lugar de reunión: las piscinas.

PARQUE TIO JORGE: Martes y jueves, de 9,15 a 10 horas. Lugar de reunión, frente al estanque.

PARQUE TORRE RAMONA: Martes y jueves, de 10,30 a 11,15 horas. Lugar de reunión, en el velador del parque.

Los monitores llevarán una camiseta blanca con el distintivo de la Agrupación Cesaraugusta



rescate en montaña



En ocasiones, las operaciones de rescate encierran serios peligros para los propios miembros de la Guardia Civil

Fernando Poñes

María José Villanueva

Ainsa. Cuartel de la Guardia Civil. Desde el refugio de Góriz, una llamada por radio-socorro denuncia la desaparición de un montañero que salió a primeras horas de la mañana del día anterior para realizar una travesía en la zona de Monte Perdido, en el parque nacional de Ordesa. No ha vuelto junto a sus compañeros en toda la noche. Los guardias se ponen en contacto con la unidad operativa de rescate e intervención en montaña más cercana, la de Boltaña. Desde allí, el aviso se transmite a la comandancia de Huesca, donde permanece estacionado el helicóptero de apoyo, que en pocos minutos se traslada hasta la unidad para recoger a parte del personal y el material más pesado. Nunca se piensa que el rescate va a ser sencillo y se disponen todos los instrumentos que pudieran ser precisos. Entretanto, el resto de los hombres de la unidad ha partido en vehículos todoterreno hacia la zona donde pueda encontrarse el montañero, perdido, herido o, en el peor de los casos, muerto. El helicóptero verifica el traslado del personal y, una vez concluida esta operación, se inicia la búsqueda. Conocidos los puntos negros en los que se producen la mayoría de los accidentes, no es difícil la localización del cadáver del excursionista, que se precipitó al vacío cuando trataba de superar un paso peligroso. El acceso hasta el lugar donde se encuentra el cuerpo es complicado y uno de los guardias deberá descender y ser izado con el cadáver. Si la

suerte hubiera sonreído y no se tratase de un accidente mortal, en muy poco tiempo el helicóptero habría trasladado al herido hasta el centro médico más próximo.

Casos como éste, de mayor o menor gravedad, se repiten con frecuencia en el Pirineo aragonés. En 1988, las unidades de rescate intervinieron en un centenar de accidentes, setenta y ocho en 1989. La asistencia del helicóptero ha aumentado la eficacia de estas intervenciones, rebajando los tiempos de localización del accidentado y de traslado a un centro sanitario. A lo largo del año pasado se contó con él en el 83 por 100 de las operaciones. De esta forma se consiguió reducir las intervenciones de helicópteros de los servicios de Protección Civil del Pirineo francés, que actuaron sólo en dos ocasiones en 1989.

Las emisoras de socorro instaladas en los refugios de La Rencusa, Angel Orús, Estós, Alfonso XIII, Armeña, Granjas, Viados y Piedrafitia colaboran en la rápida prestación de auxilio. Los expertos consideran que la climatología y la información de que dispone un excursionista cuando sale a la montaña son los dos factores que inclinan la balanza de la siniestralidad, siempre

condicionada por el carácter imprevisto e inexplicable de algunos accidentes.

Los guardias jóvenes que deciden pasar por la escuela e incorporarse a las unidades de rescate e intervención en montaña deberán hacer frente a cualquier contratiempo, una búsqueda bajo un alud de nieve, un rescate en un barranco o una pared e incluso la asistencia a un herido con rotura de tobillo o un ataque cardíaco en medio de la montaña. Han dejado atrás los cuadernos de multas, la máquina de escribir de la oficina del cuartel y las armas de fuego, pero no consideran los servicios en montaña como algo especial. «Hacemos la misma labor social en la carretera, sancionando a un conductor temerario o retirando de la circulación a una persona que conduce ebria que intentando rescatar a un montañero.»

Los efectivos de los servicios de montaña se reparten en la provincia de Huesca en cuatro unidades operativas: Jaca, Panticoosa, Boltaña y Benasque.

El control de las estaciones de esquí es otra de sus actividades. Desde que los sindicatos protestaran porque el servicio de camillas restaba puestos de trabajo en las estaciones, la Guardia

Civil ha dejado esta tarea en manos de civiles. Si que se ocupan del orden público en las pistas y de la redacción de los atestados en caso de accidentes en las mismas. Las pelotas en las colas de los remontes dan mucho trabajo, dicen. Esta constante actividad sólo se puede mantener con un entrenamiento permanente. Desde que salen de la escuela, en las unidades, catorce días al mes están reservados para el reciclaje físico y técnico.

Peró estar siempre en buena forma física tiene un límite, la edad. Queda por resolver qué pasará con los guardias cuando superen los 45 o 50 años y ya no puedan escalar paredes de cien metros. Manolo, con 42 años, es el de más edad. Su vida de asceta y su condición de vegetariano le permite estar todavía en condiciones para el servicio.

Cuatro guardias civiles muertos

Pese a la buena preparación de que disfrutaron y que les hace sentirse seguros colgados a 100 metros del suelo, ya se han producido cuatro bajas en el servicio. A la entrada de la escuela,

cuatro fotos de guardias parecen recordar a los alumnos que esto no es un juego. El primero murió en 1982, cuando se estrelló el helicóptero que trasladaba a una súbdita inglesa rescatada en Sotres (Asturias). Un año más tarde, en la víspera de su boda, falleció otro guardia en una práctica de escalada en Ribas de Freser. En 1985 hubo una nueva baja en un rescate en Arraya de las Foyas. En Aragón sólo cabe contabilizar una baja, la de José Manuel Sánchez Reolid, en 1987, alumno del quinto curso de montaña. Realizaba la ascensión a Monte Perdido por su arista noroeste.

En un trabajo de equipo como éste no caben negligencias ni temeridades, las vidas del guardia y del accidentado están pendientes de un hilo en muchas ocasiones. «Los rescates tienen un margen, hay cosas fáciles, cosas imposibles, pero en medio queda un margen de maniobra. «Esto es peligroso, pero yo creo que se puede hacer, o esto en condiciones normales no se debería hacer, pero la premura del tiempo de sacar a un accidentado lo exige», explica el teniente coronel Fernando Abós, y asienten a sus afirmaciones tanto el comandante Antonio Garduño, futuro director de la escuela

cuando Fernando Abós pase a ser inspector nacional, como el capitán instructor Antonio Campos. La decisión de un rescate siempre quedará en manos de un oficial experimentado que domine la técnica de la escalada, en unos casos, o sea un aventajado esquiador, en otros. «Siempre será un trabajo en equipo. Lo que más molesta en el servicio es que alguien haya hecho una insensatez en la montaña, resulte herido, y aquí estamos todos jugándonos la vida.»

Un accidente ocurrido este mismo año en el Moncayo demostró la necesidad de dejar los rescates en manos de personal experimentado. En Candanchú se hacen prácticas con el helicóptero, aprenden a entrar y salir del aparato, buscar el lugar idóneo para que se pose, dirigirlo, llamar su atención...

No faltan las anécdotas en el servicio. En una ocasión se denunció la desaparición en Bisaurín de un joven que había salido a la montaña hacia dos días. «Lo encontramos en la tienda de campaña con una amiga.» El colmo fue cuando después de cargar a las espaldas con un herido más de tres horas porque tenía fracturado un tobillo, al llegar al llano se posó en el suelo y comenzó a andar con toda normalidad, o cuando al proceder al rescate de un accidentado, mientras accedían al lugar donde éste se encontraba, oían los insultos que la víctima lanzaba hacia la Guardia Civil, que no había acudido en su ayuda, y daba las gracias a quienes ahora lo iban a rescatar.

Sentir el miedo

Juan Manuel Alcántara, 25 años, nació en Jaén. Le gusta la acción. Si puede acabar el curso y obtener el ingreso en una de las múltiples unidades operativas repartidas por todo el país, su ideal sería ir a parar a algún puesto con mucho movimiento. «En Huesca se trabaja mucho. Si haces una especialidad, dura como ésta, es para luego ponerla en práctica, dar todo lo que tengas dentro». No comparete la imagen que se pueda crear de los miembros de estos servicios especiales de héroes, salvadores. «Se siente miedo, ¡por supuesto!, ¡somos personas normales!»

Juan Manuel tiene una concepción práctica de este singular oficio. «Yo me considero pagado únicamente con que me permitan moverme por la montaña. Hacer rescate es la forma de dar

algo a cambio. Si algún día, no sé si tendré la ocasión, pudiera ayudar a salvar la vida de alguien, creo que es bonito. ¿no?»

Permanentemente se intenta desde la dirección de la escuela demostrar científicamente quién vale y quién no, hallar la fórmula mágica y objetiva, pero hasta ahora ha sido una tarea infructuosa. Los test de personalidad no dan soluciones absolutas, sólo vale el contacto personal, diez meses de convivencia entre monitores y alumnos. El teniente coronel Fernando Abós tiene que enfrentarse a este dilema. «Ha de ser una persona lanzada, pero sensata; tranquila, pero a veces hay que echarle valor; responsable y juiciosa, pero valiente, porque un rescate a veces depende de que alguien diga "vamos a hacerlo", porque las condiciones pueden ser malas.

Llorar al marcharse

Santiago Valera, de 20 años —es el más joven de la promoción— llegó desde la comandancia de Manresa, aunque él es de Valencia. Su entrada en la Guardia Civil se produjo en Valdemoro, en Madrid, «una pequeña cantera del CAEMS». «Vine porque tenía afición a la montaña, me encandiló tanto que quise convertirlo en mi trabajo.»

Santiago es uno de los cientos de guardias civiles jóvenes que se sumó a la convocatoria que en 1989 hizo el cuerpo para todos los acuartelamientos de España. Consiguieron pasar una primera preselección y estar entre los 400 aspirantes. Superó los test psicotécnicos y las pruebas físicas y quedar entre los setenta mejores, y luego entre la escasa cincuenta que empiezan el curso en septiembre. Desde entonces son muchos los que han

tenido que irse, los que no superan el estricto control de los monitores, porque aquí se juega con la vida de los guardias y de los accidentados, «no es una broma».

Ya sólo quedan veinticinco hombres y quizá cuando finalice el curso se hayan reducido a veinte los que pasen a las unidades operativas. Le gustaría estar entre ellos y ser destinado a Navacerrada, prefiere un lugar cercano a la ciudad porque está más acostumbrado a la vida urbana.

«Algunos han llorado al irse, cuando les han dicho que no podían seguir, por lo que sea», comenta Santiago Valera, para quien éste es un trabajo altruista. «No somos héroes, pero ayudamos a la gente, y eso me gusta».

Calcular el riesgo

Juan Manuel Santamaría, 24 años, vino a la escuela desde Reinos (Santander). Desde muy pequeño, allí en la cuna del Ebro, la montaña se le metió en la sangre. Empezó saliendo con su padre, en excursiones, y la afición fue creciendo. «Ahora estoy aquí, en la Guardia Civil. Lo conocí en la mili, porque estuve en la montaña, y pasó una mili muy agradable gracias a eso. En esa época tuve la oportunidad de conocer la escuela, me gustó, vi cómo trabajaban a raíz de estar con ellos en competiciones. Eran muy buenos, tenían un nivel muy alto», comenta. Desde su ingreso en septiembre ha tenido que superar muchas dificultades, siempre teniendo que no seas lo suficientemente bueno y tengas que irte. «Aquí miran si tienes espíritu de lucha, cómo te comportas ante las dificultades...

Igual uno con tres parés de narices y con muchas cualidades humanas, ante la dificultad se echa para atrás y se queda pillado. Nos enseñan a calcular el riesgo, no hay superhombres, únicamente un entrenamiento progresivo.»

Aunque en todo momento se mantiene el rigor que exige el cuerpo, en la escuela los alumnos disfrutan de una disciplina más relajada. Juan Manuel, con una palabra, pero bien perfilada broma, explica que la marcha de casi seis horas del otro día, bajo cero y con fuertes ráfagas de viento, fue una dura prueba, ya olvidada y sobre la que habrá tiempo para hacer bromas durante el fin de semana. Después del entrenamiento de por la mañana en el Coll de Ladreros, de la comida y de las clases teóricas de la tarde, el viernes, a Jaca